

TRIGGER, B. G., KEMP, B. J., O'CONNOR, D., LLODY, A. B., *Historia del Egipto Antiguo*, 548 págs., 59 fig., 5 cuadros. Barcelona, 1985. Título original: *Ancient Egypt: A social History*, Cambridge, 1983. Traducción castellana de Juan Faci.

La bibliografía egiptológica no presenta muy a menudo una novedad como la presente. Algunas de las razones están apuntadas por B. G. Trigger en el prólogo. Tal vez sea, fundamentalmente, una cuestión de cualidad: el enfoque antropológico o, mejor dicho, el de una metodología más propia de la mejor antropología social o cultural. El prologuista, modestamente, se limita a señalar las peculiaridades de la Historia de Egipto, y el estado de la investigación actual sobre la materia, como razones fundamentales de la dificultad de abordar un enfoque semejante. Hay que hacer notar, sin embargo, que la llamada de atención sobre el «panorama de cambio social y económico» que puede ofrecer el análisis de las estratigrafías y del contexto especial está íntimamente relacionado con los trabajos en los que Bruce G. Trigger ha empleado buena parte de su tiempo de investigador. Coordinando aspectos prácticos y elementos teóricos elaboró notables análisis en arqueología de asentamientos, trabajando sobre los pueblos hurones e iroqueses, para pasar después a realizar su ya clásico y conocido estudio sobre Nubia: *Nubia under the pharaohs*, Londres, 1976.

La obra que aquí se comenta, tal y como se presenta en la edición de Cambridge de 1983, así como en su edición española, puede sorprender al lector acostumbrado a la tradicional división de la Historia del Egipto Faraónico. Una estructuración en cuatro capítulos y un comentario bibliográfico que corresponde a una metodología muy determinada, pero no claramente explicitada por los autores. Dicha metodología se centra, al margen de los modelos de arqueología de asentamientos ya citados, en una periodización conocida por otros trabajos de diversos antropólogos. Recordemos simplemente el artículo de Julián H. Steward: «Cultural Causality and Law: A trial Formulation of the Development of Early Civilizations», publicado en *American Anthropologist* en 1949. Según los planteamientos allí analizados se podía periodizar el desarrollo histórico de las antiguas civilizaciones en diversas etapas: De Agricultura Incipiente, Formativa, Floreciente, Militarista y de Regresión. Siguiendo este modelo Bruce Trigger asume en su capítulo las dos primeras, desde la economía de subsistencia hasta el conflicto interno que hace surgir el Estado: *Early Dynastic Egypt*, en el texto original, mejor en cualquier caso que Protodinástico.

Dado este planteamiento, el capítulo siguiente, realizado por B. J. Kemp, contiene todo aquello que puede considerarse propio del periodo de Desarrollo, o Floreciente, justo hasta el momento en que se produce una ruptura con el pasado, ruptura violenta y extranjera: la dominación de los hicsos, cuya expulsión incluye como solución de compromiso.

La siguiente fase-capítulo, realizada por David O'Connor contempla la respuesta social a la expansión o, dicho con otras palabras, los «efectos internos de los asuntos externos». Acentúa esta repercusión, uniforme desde 1552 hasta 1069 en líneas generales, y muestra cómo desde esta fecha hasta 664 a.C. se origina el cuadro social de decadencia que ilustrará el cuarto capítulo, éste asumido por A. B. Lloyd.

Me he referido en las líneas precedentes a la organización teórica que justifica la disposición cronológica, y ello porque tiene necesariamente repercusiones importantes, fundamentalmente positivas, que presentan, sin embargo, algunos inconvenientes para el lector que intenta asimilar la obra. Estos inconvenientes se producen por la

ausencia de unidad expositiva en los autores, y por la dificultad evidente de clasificar uniformemente un material prolijo y heterogéneo. Algunos desajustes, compensados por la gran calidad del análisis social, provienen de las reiteradas referencias a determinados debates de la investigación, en diversas partes de la obra. Así ocurre con cuestiones relativas a la cronología, o el valor de ciertas teorías, que son contempladas en diferentes apartados de cada capítulo y en la reseña bibliográfica del final del volumen. Los autores, en un intento de justificación, que no era necesario por otra parte, y debido principalmente al contenido del título original inglés, se han visto en la necesidad de remitir al lector, en notas a pie de página, a obras de referencia como la *Cambridge Ancient History*.

Por lo que respecta al análisis histórico contenido en los diversos apartados del libro hay que resaltar que presenta un tremendo esfuerzo de sistematización de numerosísimos datos procedentes de fuentes arqueológicas y textuales, pero que prueba una metodología rigurosa, aunque con variantes entre los diversos autores. En un análisis, muy personal por otra parte, destacaría algunas cuestiones que colocadas en medio de la masa de información no se ven resaltados suficientemente.

Referido al capítulo primero, es preciso indicar el rechazo de B. G. Trigger a la reconstrucción de la historia del periodo predinástico a partir de los textos religiosos de época posterior, asumiendo así los puntos de vista de Frankfort (1948), pero perfectamente coherente con el método del autor. Soslaya así ciertas polémicas del dudoso rigor científico que han ocupado muchas páginas de investigadores, de gran renombre internacional por otra parte. En lo que respecta a las teorías «invasionistas» para explicar la base cultural y formación del Estado egipcio, Trigger se limita a aceptar el «préstamo de ciertos elementos étnicos en el Delta a finales de la época predinástica, en cierta medida en la línea de DERRY (1956), pero atenuándolos. Por lo que se refiere al conjunto general de las culturas predinásticas presenta el autor del primer capítulo una cautela general digna de encomio, después del entusiasmo contemplado en otros autores. Destaca, eso sí, la posición de Maadi en el Norte como lugar de paso o enlace con el área mesopotámica, en los finales del predinástico, asumiendo este yacimiento ciertas relaciones con el Gerzense del Alto Egipto, lo que explica muchos puntos de contacto del Valle del Nilo con el exterior en los comienzos del Estado. Lo expuesto, junto con la negativa a aceptar las tesis de Kaiser (1956, 1957, 1964) sobre la unificación un siglo anterior, va en la línea metodológica ya señalada en lo que se refiere a valorar fundamentalmente la inferencia arqueológica, tomando en consideración aquellos aspectos que, como indicaba más arriba, estaban en relación con una arqueología de asentamientos.

El capítulo segundo presenta notables diferencias con Trigger y O'Connor, fundamentalmente. La característica más llamativa será el abandono de una distribución temática basada en la inferencia sociológica de los datos, por una explicación de estos datos siguiendo una distribución topográfica, mezclada con algún otro apartado de tipo temático. Es evidente que abordar en un solo capítulo un periodo semejante presenta inconvenientes notables, aunque no hay que olvidar la continuidad histórica que los yacimientos y la tradición parecen justificar. Pero en cualquier caso se hace necesario señalar las dificultades que puede presentar este capítulo para un alumno de segundo ciclo de Facultades de Historia, público más en potencia de utilizar esta obra, tal y como está planteada. Esto no significa que B. J. Kemp no haya realizado un trabajo histórico de gran envergadura. El problema es más de clasificación y presentación del material.

El capítulo tercero, de David O'Connor, y siempre en una línea de análisis

subjetivo, presenta un cuerpo de contenido mucho más denso y acabado, las dificultades eran mayores por lo heterogéneo de la documentación, pero ésta era, ciertamente, más abundante. La problemática de los datos está hábilmente expuesta en un primer apartado. En relación con las fuentes textuales, el análisis de datos económicos da una imagen más profunda del periodo, llegando a señalar el autor la importancia de una clase media (difícil de contemplar en los imperios teocráticos, pero que de darse no lo sería en todo el periodo a estudiar sino solamente en su segunda mitad) que hizo de mediadora en la intercomunicación de las clases sociales del Reino Nuevo. Afirma, al mismo tiempo, la aparente confrontación con un urbanismo insuficientemente fuerte para generar una dicotomía entre ciudad y vida rural. ¿Hay que pensar que estas circunstancias fueron propiciadas por cambios notables en el sistema de explotación y que la organización templaria contribuyó notablemente a tal incremento? No en vano hacia 1153 a.C. el conjunto de los templos de Egipto poseía aproximadamente una tercera parte de la tierra cultivable y un quinto de sus habitantes, como bien señala el autor, y sin embargo puede afirmar que estos mismos templos eran más bien objeto de manipulación y explotación política que iniciadores de esa actividad.

El trabajo de A. B. Lloyd sobre la Baja Epoca tiene el mérito, entre otros, de haber sintetizado con claridad uno de los periodos más complicados de la Historia de Egipto. Hay que destacar el uso de las fuentes documentales (más prolijas y heterogéneas todavía que en el periodo anterior pues incluyen historiografía griega, por ejemplo) y un análisis de la estratificación social, un signo de los tiempos, que indica la minuciosidad del trabajo del autor.

El conjunto de la obra resalta como un hito de la bibliografía egiptológica, y no sólo como manual para el alumno de Facultades de Letras. La metodología de los autores, la abundancia de documentación y las referencias bibliográficas hacen también del libro una obra de consulta.

Y para terminar, me resta señalar algunos aspectos relacionados con la edición española. En primer lugar hay que destacar la pulcritud de la traducción, debida a Juan Faci, algo a lo que ya nos tenía acostumbrados. En cambio no me parece correcto el título dado a la edición en castellano pues confunde al lector sobre el verdadero contenido de la obra y no responde al espíritu de sus autores. En cualquier caso no hubiera sido menor hito bibliográfico, desde la perspectiva de los editores, la presentación de una *Historia social del Egipto Farónico*. Una problemática muy diferente es la cuestión de las transliteraciones de los nombres egipcios. Si el seguir las normas de Fernández Galiano significara resolver de un plumazo todos los casos, introduciendo un único elemento clasificador, sería encomiable. Pero como gran cantidad de nombres no son conocidos a través de autores griegos, y en la gran mayoría de casos ya se había asentado en España una cierta «tradicón» aunque incluyera ciertos errores, no se justifica la modificación, aunque sea ortodoxa, de nombres como Pepi, por ejemplo, por Fiope, irreconocible por la masa general de los lectores. Y si se corrige Punt, presente, por otra parte en la bibliografía inglesa y francesa, y ya introducido en España, corrijase también el mapa de la figura 3.18 pues la presencia de Opono en el texto y Punt en el mapa produce confusión. Corrijase también el Abydos en la figura 1.2 (yacimientos Amratienses) para que tenga sentido el Abido del texto. En cualquier caso como algunos nombres han de resolverse por la transliteración inglesa el elemento de confusión se mantiene y el problema, que reconozco difícil, sigue sin resolverse.

JESÚS J. URRUELA

SIMON HORNBLOWER, *El mundo griego 479-323 AC*, Barcelona, Crítica, 1985, 415 págs. (*The Greek World 479-323 BC*, Londres, Methuen, 1983), en la serie *Historia de las civilizaciones clásicas*, ed. por F. Millar.

Jane Hornblower, en su *Hieronymus of Cardia*, Oxford University Press, 1981, en el momento de los agradecimientos, aprovecha la ocasión para elogiar la enorme erudición de Simon Hornblower. Con la lectura del presente libro, llegamos a la conclusión de que no la cegaba el afecto. Otra cuestión es si el uso que se hace de ella, en un volumen de estas características, es el adecuado. La densidad de datos por página, en algunos casos, podría resultar excesiva. El sistema seguido, introducción constante de paréntesis con referencias a fuentes, bibliografía o discusiones, dificulta la lectura de un texto que no corresponde al artículo de una revista especializada. Tal vez había otro medio menos fatigoso de apoyarse en las fuentes, lo que sin duda alguna es un empeño loable en cualquier tipo de publicación.

La traducción castellana no colabora. Es imprecisa, confusa, demasiado apegada al texto inglés y pesada. En múltiples ocasiones se nota que no está realizada, ni revisada, por alguien familiarizado con el mundo clásico. Se habla de la «jarra» de Agesilao (nadie que haya visto la famosa copa podría llamarla jarra) y, por ambigüedad en la redacción, da la sensación de que Tucídides se ocupó de toda la guerra del Peloponeso y de que Livio escribió en 431. La transformación del decreto megárico en «derecho» megárico no sabemos si se debe a traducción o impresión. Tampoco hay cuidado en la transcripción de nombres griegos, en que se alternan sin motivo aparente *y* y *u* para la *ipsilon*. A veces se elige conservar la forma inglesa, como en el *ephebate* de pág. 207. Hay casos en que existen dos opciones igualmente válidas, pero conviene entonces unificar criterios, sobre todo si la traducción se debe a dos manos diferentes: ese parece el motivo de que aparezcan en el índice *Regio* y *Región* como dos realidades distintas. Autor, traductores y editorial colaboran a hacer incómoda la lectura de este libro, por lo demás muy útil.

Gracias al enfoque regional de la primera parte, podemos celebrar que ya existe un libro, traducido al castellano y accesible, que trate determinados temas. Pero donde puede desempeñar una función más eficaz es en los capítulos dedicados al siglo IV. No es fácil encontrar un tratamiento tan completo, en que la organización total sea comprensible sin prescindir de la complejidad. El capítulo sobre Alejandro tiene siempre en cuenta que se trata en gran parte de un problema de fuentes; la narración tradicional de las hazañas queda sustituida por la exposición de un problema histórico.

Con este libro, sin embargo, se constata que la abundancia de datos no siempre ayuda a profundizar. Algunos problemas se tocan de un modo verdaderamente superficial, como el de las disputas entre ciudades por «trociitos» de tierra (parte de la responsabilidad está, sin duda, en la traducción). Habría que dar algún argumento para afirmar que Efilates y Pericles actuaban «tendenciosamente» frente al Areópago, o que en las ciudades del norte del Egeo se odiaba y se temía a Atenas. Parece, en este último caso, no tenerse en cuenta la complejidad de las reacciones a la llegada de Brasidas. Acerca del efecto del imperio ateniense sobre la concordia interna de la ciudad de Atenas, tal vez sea posible ser menos simple que cuando se afirma que se lograba porque las clases bajas obtenían cleruquías y las altas no pagaban la flota. Al tratar de Cirene, el autor parece acercarse a una explicación interesante, pero se queda en su definición como «agrícola»: a él mismo le sorprende que ese rasgo, en la antigüedad, pueda servir de explicación. Con la terminología política estamos en la